

Historia y ficción en “El cartero de Neruda”

El autor aprovecha unos personajes reales y destacados en la historia de su país, Chile, para crear un opúsculo de intensidad y vibrantes diálogos, muy parecido a un guión cinematográfico —como dice Antonio Colinas en su prólogo—, en el que refleja la convulsa situación política de finales de los sesenta y principios de los setenta del siglo XX en el país andino.

Pablo Neruda, en unos años finales de su vida, los más intensos por su salto a la política, su nombramiento de embajador en París y la concesión final del Nobel, tras varias veces de frustrantes y fallidas expectativas, es el eje o columna central del relato y el soporte real con el que se entreceran las aventuras y desventuras de Mario, su cartero, y protagonista de la novela.

El marco histórico real es el de la ascensión al poder de Allende, primer marxista que llega al poder en unas elecciones democráticas, y la figura imponente y tan humana de Neruda, encarnando la esperanza y posterior desencanto de aquel fracaso, con el colofón amargo de la muerte del vate pocos días después del golpe de estado.

Este marco, al que hay que añadir el prólogo y el epílogo del autor con los que encuadra todavía más la parte de una realidad cercana y recordada, es en el que se desenvuelve la parte ficcional de la novela. El paralelismo, tras el derrocamiento de Allende, entre la muerte de Neruda y la desaparición de Mario son el final de la historia, que nos deja un sabor tan amargo como el del café final con el que Skármeta cierra su obra.

Los sueños simples e inocentes del muchacho se entrecruzan con los reales de don Pablo, políticos y literarios, en un trenzado de éxitos y fracasos que son, al fin y a la postre, la argamasa de la historia.

La mezcla de humildad y atrevimiento de Mario en su primer diálogo con Neruda, que luego se irá desarrollando hasta convertirse en una amistad sincera y de mágico contraste, es otro de los contrapuntos afortunados con los que cobra talla *El cartero de Neruda*. Personaje real y protagonista se enfrascan en unos diálogos sobre literatura, que se hacen creíbles al mezclarse con las simples esperanzas románticas de Mario y sus sueños aldeanos.

El marco histórico y tremendo de aquella aventura política y social se atenúa con la lejanía de Isla Negra de la metrópoli, con su pequeñez de aldea y con los sencillos

personajes de ficción que la pueblan, entre los que se agiganta la suegra, la dantesca mamá de Beatriz, tan pragmática como irreal.

Es curioso que en los diálogos entre el poeta consagrado y el diletante no se toque prácticamente para nada el tema político que se cierne sobre el relato, apenas un comentario de Neruda sobre su postulado a la presidencia, al que luego renunciará en favor de Allende, y más adelante su nombramiento de embajador en París. Tal vez ese tono de apoliticidad de Mario haga mucho más amargo el desenlace de su desaparición y más trágica y cruel la traición de Labbé al señalarlo. Un Labbé artero que simboliza la oligarquía, y que tras su sonrisa y sus dádivas esconde una doblez y un rencor tanto más despreciables cuanto más se ceban en un personaje inocente e insignificante políticamente hablando. Si Mario hubiera mantenido acaloradas discusiones políticas con Neruda o sostenido una posición más comprometida, se le habría restado magnitud trágica a su desaparición.

Y en este juego de contrastes, de realidad y ficción, de esperanza y desencanto en el que se desenvuelve *El cartero...*, no podía faltar la historia de amor y no podía ser más que Beatriz, una Beatriz actualizada y minifaldera que causa una conmoción en Mario. Este amor, en escenario tan austero, tiene algo de épico en su desarrollo, con la oposición de la suegra y la complicidad celestinesca de Neruda, amor simple y a la vez magnífico, que se humaniza con el nacimiento de Pablo Neftalí.

El contraste final llega tras la fiesta que organiza el cartero para celebrar la concesión del Nobel a su mentor. Fiesta carnal y de alegría bulliciosa en la parte esperanzada del relato; burbuja al fin que se pincha con la llegada de los soldados, como un fundido cinematográfico entre los alegres compases de la *Vela* y el rugido de los helicópteros.